

Adaptación de Son del África.

Narrador: La nave que esa mañana ancló frente a las costas del Congo, era poco menos que una republiqueta: Tenía dos capitanes, dos tripulaciones y dos nombres. En la selva a dos horas de marcha desde la costa la tribu de Ukelé festejaba el nacimiento de dos gemelos. Una decena de jóvenes negros cantaba al ritmo de los tambores; las mujeres bailaban, girando cada una de ellas en un pequeñísimo círculo, con desplazamientos pausados de los pies, como si temblaran. El capitán Van Van era presa del encanto de la ceremonia, de la gracia de la danza, de la poliritmia contagiosa de los tambores.

Después de unos minutos el capitán se irguió, dio unos pocos pasos y apareciendo en la aldea, hizo un disparo al aire (disparo) La música seso de golpe. Los nativos quedaron boquiabiertos

Al cesar la música, y apenas comenzada la caza Ukelé vio como su pequeño hijo corrió hacia él. Ukelé lo atajó en sus brazos, dio la vuelta y emprendió la huida. Oyó una detonación y un gemido, como si el gemido fuese el eco del disparo, y se detuvo. Su hijo sangraba entre sus brazos. No se movía, no latía. Ukelé alzó a su niño en alto y lo sacudió como un trofeo del dolor. Después llamó al niño por su nombre y miró hacia el lugar de donde había partido el disparo. Ukelé murmuró dos palabras, dejó el cuerpo de su niño en el suelo y saltó hacia el criminal. Diedrick todavía apuntaba con el arma que le había dado muerte a su hijo. El negro lo atacó y sabía que podía destrozarlo de un zarpazo. Fue un instante, pero le bastó para saber que el fusil no era en sus manos tan rápido como el odio en las manos del negro y que un disparo, aún certero, no lo salvaría de vivir. Nunca había tenido miedo. Y de pronto Ukelé calló a sus pies. El capitán Van Van lo había golpeado con el caño del fusil

El enfrentamiento duró minutos. Los nativos hicieron sólo una descarga de flechas, muchos corrieron en todas direcciones y algunos consiguieron escapar. Otros fueron muertos o heridos. La mayoría, agachando la cabeza y mirando fijo a los ojos de los blancos, se dejó átar las manos a la espalda. Los niños debían ser atados con las mujeres; los hombres, uncidos en parejas con horquillas de varas.

Algunos de los heridos fueron liberados ya que el capitán Souza tenía la consigna de no transportar heridos. Sabían por experiencia que las heridas se infectan y que las infecciones, a lo largo de dos meses, degeneraban en pestes.

Diedrick se había encargado de hacer volver en si a Ukelé y lo ahorquilló al final de la larga fila.

A pesar del golpe, Ukelé no quitó por un instante la vista del cuerpo de su hijo. Los ojos le ardían secos como un fuego quieto, y la garganta y el estómago se le iban cerrando igual que puños. El Rey, (Oba) ya envarado pero con las manos aún libres, le dirigió un mensaje con golpes de las palmas contra los muslos, el vientre, el pecho, haciendo de su cuerpo un tambor. Ukelé entonces, quitó la vista de su hijo, miró al Rey y asintió repetidas veces, moviendo lentamente la cabeza, lenta y serenamente, como aquel a quien acaba de confiarse en secreto una gran verdad.

Diedrick y Ukelé se miraron un momento, y los dos estuvieron a un paso de sucumbir al impulso de bajar la vista. Pero ninguno lo hizo.

El capitán Van Van fue asesinado con una flecha envenenada.

Los negros atados a los árboles, se confundían con las sombras de la noche. Muchos habían sido ya examinados y trasladados, en grupos de diez, a la nave. El examen

consistía en hacerlos saltar y estirar rápidamente sus brazos, para comprobar si se hallaban sanos. También se les miraba la boca para apreciar la edad.

Tan pronto como los esclavos subían a bordo, eran encadenados de dos en dos, con la muñeca y el tobillo derecho de uno junto a la muñeca y tobillo izquierdo del otro. Después eran llevados a la bodega. Hasta que la muerte hiciese lugar en la bodega, diez esclavos tendrían el honor de viajar sobre cubierta, Ukelé era uno de esos esclavos. Diedrick sostuvo la mirada de Ukelé con un gesto de ira y de extrañeza a la vez: no sentía que el negro lo mirase con rabia.

Diedrick: (gritando) ¡ Baja la vista! (Narrador: lo agarro por el pelo y lo obligo a agachar la cabeza)

Diedrick: ¡Bestia! Me entiendes? ¡Así está bien! ¡Abajo!

Narrador: 200 era en número de esclavos con el que solía manejarse Van Van, pero el número podía ascender a 400. Los marineros encargados de la alimentación de los esclavos debían descalzarse antes de entrar en la bodega, pues no había más remedio que caminar por encima de ellos. Y al salir tenían los pies llenos de los mordiscos que les daban los esclavos. El barco fue atacado por una tribu en un esfuerzo por salvar a los esclavos. Fue un esfuerzo fallido, los blancos dieron muerte con sus armas avanzadas a cientos de ellos. Algunos lograron subirse al barco. Diedrick sintió el empujón de unos pies descalzos y callo al suelo insultando. La lanza se clavó en el palo mayor a la altura de su cabeza. Se incorporó y, antes de que la lanza dejase de vibrar, comprendió que Ukelé le había salvado la vida.

Capítulo # 2.

Narrador: Después de unos días Ukelé fue llevado a la bodega. Sintió el golpe de las olas en las paredes y se estremeció. Las ratas casi tan numerosas como los esclavos, les caminaban por los hombros y se deslizaban entre sus piernas con chillidos humanos.

La tripulación comenzó a desesperarse tanto que las mujeres negras eran acechadas sexualmente a cualquier hora del día. La comida cada vez más escasa y asquerosa se convertía en un castigo para los esclavos.

Finalmente después de dos o tres meses el barco llegó al Brasil. Los esclavos se pusieron de lo más contentos ya que pensaban que una nueva vida les esperaba. Pero cual sería su sorpresa, al irlos bajando del barco eran separados y vendidos al mejor postor. Diedrick le pidió a su padre que comprara a Ukelé. Después de ser examinado pro el señor Van Weerdem.

Los meses no perdonaron y siguieron su paso.

En la senzala pasó de todo, una revuelta causada por los esclavos, Ukelé tuvo la oportunidad de ganarse la confianza de Diedrick . Los esclavos empezaron a odiarlo por los privilegios que su asenso le daba.

La actitud de Diedrick empeoraba por su adicción a la droga que consumía con su pipa. Como Ukelé tenía ciertas libertades tuvo la oportunidad de escapar de la casa grande. Una vez incrustado en la selva perdió la noción del tiempo. No era fácil conseguir alimento. Mascaba toda clase de hojas y raíces, algunas agrias, otras dulces y sustanciosas, probándolas primero con la punta de la lengua, y después con pequeños mordiscos: ya una vez el veneno de una raíz violácea le había dormido la garganta y el estómago y lo había paralizado durante horas. Mientras caminaba hacía una vereda que le mostrase el camino de regreso. Esos meses en los que anduvo como un salvaje de allá para aquí, tuvo fiebre y tuvo frío más que miedo. Entró a una cueva y se tendió de espaldas en el suelo. Durmió hasta que los murciélagos dejaron de rosarle la cara con la punta de las alas. Oyó tambores se incorporó y dio algunos pasaos hacia fuera sobre la boca de la cueva. Desde ahí vio el poblado y pensó que era el pueblo donde los esclavos que se escapaban se refugiaban.

Ukelé de pronto fijó la atención en una de las indias que estaba cubriéndose con una tela liviana de color rojo. Ella baila agitando las caderas, riendo con los ojos más con los labios y echando atrás la cabeza; su larga cabellera negra caracoleaba a sus espaldas como un gracioso animal acuático. La canción era un canto de trabajo que Ukelé había oído muchas veces en el ingenio.

Ukelé decidió regresar a la casa grande para cumplir lo que debía hacer. Se adentró a la casa y avanzó por el corredor principal. Tomó a Diedrick en sus brazos y abandonó la casa grande. Se dirigió hacia la selva con paso firme, rápido y seguido. Diedrick tenía las manos y los pies atados al tronco de un árbol. Los parpados le ardían, le dolían los dientes y el pelo. El aire se demoraba en sus pulmones, parecía licuarse, hervir, y a cada aspiración, como quien se ahoga, vio pasar, infinidad de veces a lo largo del día, no su vida, sino. Los incidentes olvidados de su vida. El quinto día tuvo convulsiones y vomitó un líquido verde y grumoso. El sexto día perdió por completo la voz. La falta de droga empezaba a torturarlo. Ukelé por lo tanto lo alimentaba mejor que asimismo. Un día Diedrick le ordenó.

Diedrick: -¡Suéltame! ¡Alcánzame la pipa, te lo ordeno, negro infeliz...!

Una mañana Diedrick llamó a Ukelé, por la forma en que Diedrick lo miró, Ukelé se dio cuenta que estaba curado. Ukelé se acercó sigilosamente y, sin decir palabra, lo soltó, desatándolo con cuidado. Entonces Diedrick se abalanzó sobre su esclavo, lo palmeó en los hombros y exclamó:

Diedrick: Ahora entiendo... Ukelé. ¡Entiendo!

Giró sobre sus talones y alzó la cara al cielo.

Diedrick: ¡Soy Diedrick! ¡Miren esto, miren, ah, uy, fiúúú!

Luego comenzó a cantar aquella canción que la india bailaba, que tantas veces los esclavos cantaban mientras trabajan.

Diedrick se quedó quieto y oyó por un instante los ruidos de la selva. Música, música. En su cuerpo había menos vigor que en la carcajada que giró, agradecido, hacia Ukelé.

Entonces lo vio. Le pareció que nunca antes lo había visto. Su rostro se puso del color de la ceniza. Al sombrero y lo señaló con un dedo.

Diedrick: ¡Era eso! ¡Claro entiendo! ¡vamos, cochino, esclavo infeliz, adelante!

Ukelé estaba a un paso de Diedrick. Aferraba el machete con la mano derecha. "Está muerto", le había dicho su Rey. "Está muerto y debes revivirlo para vengarte. Así será." Dio un paso y le cortó la cabeza. Ukelé se dio vuelta y comenzó a caminar.